

El reino del norte, desde el 975 al 722 a.C.

Desde el ascenso de Roboam al trono hasta la caída de Samaria

1 Reyes 12—22; 2 Reyes 1—17

I. INTRODUCCIÓN

De aquí en adelante, la historia hebrea comienza a ensancharse, y se parte en dos corrientes. La historia se vuelve más compleja en sus detalles. Hasta ahora nuestros capítulos han correspondido con períodos cronológicos. El mismo plan daría como títulos de este capítulo y del siguiente: “El reino doble” y “Judá sola”; pero parece mejor, para preservar la unidad y sencillez de la historia, que tratemos por separado a cada uno de los dos reinos, en los cuales se dividió la nación.

1. Origen del cisma.

a. Sus raíces.— “El desbaratamiento del reino no fue obra de un día, sino de un proceso que duró varios siglos”. Durante todo el largo período que va desde Josué hasta David, las dos tribus de José (Efraín y Manasés), y la de Benjamín, y no la tribu de Judá, eran las que habían tenido la preeminencia. A Efraín habían pertenecido Josué, Débora y Samuel; a Manasés, Gedeón y Abimelec; a Benjamín, Saúl y Jonatán.

La tribu de Efraín, especialmente, había mostrado, repetidamente, un orgulloso sentimiento de superioridad e independencia;¹ y los eventos probaron que los líderes de ella sólo estaban buscando la oportunidad de romper con el gobierno de Judá.

b. Ascenso al trono y política de Roboam.— “Salomón tuvo mil esposas y sólo un hijo, y éste era un necio”. Cuando Roboam ascendió al trono, el pueblo le pidió que bajara los impuestos, los cuales, bajo Salomón, habían llegado a ser muy oprimentes. Roboam desatendió el consejo de sus ancianos y siguió el de los jóvenes, respondiendo que su dedo meñique iba a ser más grueso que los lomos de su padre.

c. Jeroboam y la revuelta.— Salomón había tenido un oficial capaz llamado Jeroboam. Es significativo que éste era de la tribu de Efraín. Por causa de la idolatría de Salomón, la cual violaba la ley funda-

mental de la teocracia, el profeta Ahías había anunciado el desgarramiento del reino y la elevación de Jeroboam sobre diez tribus. Jeroboam cayó bajo las sospechas de Salomón y huyó a Egipto, pero regresó a la muerte de Salomón. Al rehusarse Roboam, fuertemente, a alivianar la carga de los impuestos, Jeroboam encabezó una revuelta de diez tribus. Lo anterior dio como resultado que ahora hubiera dos reinos rivales:

1) Un reino del sur, compuesto por las tribus de Judá y Benjamín, y el cual era conocido como JUDÁ.

2) Un reino del norte, compuesto por las diez tribus restantes, llamado ISRAEL.

2. Comparación de los dos reinos.

a. Territorio y población.— En un sentido importante, el reino del norte era más nacional que el del sur; abarcaba a diez de las doce tribus; de allí que retuviera el nombre nacional de Israel. El territorio de éste no sólo fue mucho más grande, sino también, mucho más rico, tanto en recursos naturales así como en asociaciones históricas. Mientras Judá sólo retuvo a Jerusalén y Hebrón, Israel poseía a Siquem con su riqueza de memorias; Silo, el primer hogar del tabernáculo; Betel, Ramá y Gilgal, donde Samuel había fundado las escuelas de los profetas; y Dan, la cual había sido por largo tiempo una sede de adoración (Jueces 18.14–31). Además, las dependencias y aliados del Imperio Davídico, en la medida que del todo habían sido retenidos, pertenecían mayormente a Israel. Conforme el tiempo pasó, no obstante, Israel perdió por la emigración de los levitas y otros elementos más espirituales, en favor de Judá (2 Crónicas 15.9–10).

b. La religión de ellos.— Los reyes de Israel, desde el comienzo hasta el final, fueron idólatras, y el pueblo llegó a serlo cada vez más. Sin embargo, es interesante notar que casi todos los grandes profetas pertenecen ya sea, a Israel, o son enviados en misiones a Israel. Abías, Semaías, Elías, Eliseo, Miqueas, Jonás, Oseas, Amós, Zacarías, Jehú, son todos, ya sea por nacimiento, o por misión, profetas

¹ Veá Josué 17.14–18; Jueces 8.1–3; 12.1–6.

del norte. Judá, aunque idólatra a menudo, fue mucho más leal a Jehová.

c. Elementos de estabilidad. — La más grande estabilidad de Judá se ve en los siguientes hechos: 1) Judá tuvo una sola capital durante todo el tiempo, JERUSALÉN, la ciudad de David y Salomón, y del templo. Israel tuvo varias capitales en sucesión: Siquem, Tirsa y Samaria. 2) Israel continuó por sólo doscientos cincuenta años; sin embargo, durante ese tiempo fueron nueve dinastías y diecinueve reyes, los que se sentaron en el trono. Cada nueva dinastía comenzó con una sangrienta revolución, tan sólo para ser ella misma quitada con derramamiento de sangre. Judá soportó por casi cuatrocientos años tan sólo veinte soberanos, todos, excepto la usurpadora Atalía, pertenecieron a la línea de David.

II. LOS CUATRO PERÍODOS

La historia del reino del norte puede dividirse religiosamente en cuatro períodos desiguales:

1. La idolatría empieza a arraigarse; cincuenta años, tres dinastías, cinco reinados.

El personaje principal fue Jeroboam, fundador del reino. Temeroso del efecto político de tener un sólo centro de adoración en la capital rival, seleccionó a Dan en el extremo norte y a Betel, en el extremo sur de sus dominios. Ya ambas eran consideradas lugares sagrados por el pueblo. Allí estableció la forma de adoración conocida como culto al becerro. Debe recordarse que era una forma de idolatría egipcia, en la cual Israel había caído estando en Sinaí, y que Jeroboam mismo había estado exiliado recientemente en Egipto. Es probable que no significara un abandono de Jehová, sino el uso de una imagen visible del invisible Dios. Si así fue, esto fue una violación del segundo mandamiento, y no del primero. Las idolatrías de Salomón nos parecen peores, sin embargo, el historiador sagrado no se puede referir a Jeroboam, sin expresar un estremecimiento. La frase "Jeroboam, el cual pecó, y ha hecho pecar a Israel",² es la descripción de la cual jamás se pudo desprender.³ Jeroboam estuvo allí cuando ocurrió la división. Por una orden divina, debió fundar una dinastía y un reino. Esa dinastía y reino podrían haber tenido un destino glorioso; pero es tanto lo que depende del fundador, sea éste un Abraham o un Jeroboam; y Jeroboam por su política, mitad mundana y mitad religiosa, echó las perspectivas de Israel para siempre. También creó un nuevo

² 1 Reyes 14.16.

³ Así fue como a Jeroboam se le avergonzó en público.

sacerdocio y un nuevo sistema de fiestas religiosas. La decisión parecía tener sentido, desde el punto de vista político, en el momento, pero al final demostró ser causa de ruina. La seguridad política de Israel residía en su pureza religiosa. Los restantes reyes del período fueron: Nadab, Baasa, Ela y Zimri, siendo éste, al igual que Baasa, un usurpador, que pereció, después de un reino sin gloria de siete días. Durante todo este período Israel y Judá estaban en un estado de hostilidad crónica, el cual rompía, a veces, en guerra abierta.

2. La idolatría ha triunfado; cincuenta años, una dinastía, cuatro reinados.

a. Omri y la nueva capital. — El fundador de la dinastía era un oficial del ejército llamado Omri. Éste derrotó rápidamente al usurpador, Zimri, y peleó con éxito una guerra con un aventurero llamado Tibni, con lo cual se afianzó en el trono. Zimri había quemado el palacio en Tirsa, y había comprado y construido a Samaria, la cual continuó siendo la capital hasta la caída del reino, le dio su nombre a un distrito y un pueblo posteriormente.

b. Acab, Jezabel; el culto a Baal. — Acab, el hijo de Omri, se casó con Jezabel, hija de Et-baal, el sacerdote-rey de Sidón. La religión y la sangre paganas corrieron como veneno a través de varias generaciones de los soberanos hebreos de ambos reinos. Ella era una mujer de voluntad imperiosa y fanático celo, cuyo nombre por casi tres mil años ha sido sinónimo de todo lo que es abominable en una mujer. Introdujo el licencioso culto a Baal, y comenzó una persecución tan fiera, que el culto a Jehová, el cual se había casi extinguido entre el pueblo, fue casi completamente erradicado.

c. Era de Elías. — El singular y sublime personaje del período es el profeta Elías. Éste confrontó con valentía a Acab con los pecados de él; profetizó una hambre que duraría tres años, la cual se daba como castigo por la apostasía nacional; fue alimentado por los cuervos en el arroyo de Querit, y después por una viuda de Sarepta en la tierra misma de Jezabel; por fin enfrentó a Acab nuevamente, y convocó a una asamblea nacional en el monte Carmelo, y allí les propuso una prueba a los cientos de profetas-sacerdotes de Baal y Astarté: El Dios que respondiera con fuego habría de ser el Dios de la nación. La asombrada multitud, apartada por el momento de sus idolatrías, por la divina respuesta que consumió el sacrificio de Elías, destruyó a los falsos profetas. En una respuesta posterior a la oración de Elías, la prolongada sequía fue rota por una copiosa lluvia, y Elías corrió victorioso en frente del carruaje de Acab, en dirección a Jezreel. Pero la descarada Jezabel,

envió un mensaje amenazante a Elías, el cual huyó a Horeb. Allí Dios encuentra al abatido profeta, le dice que hay un remanente de siete mil que jamás han doblado su rodilla delante de Baal, un “Israel dentro de Israel”, y lo envía nuevamente para que termine su obra. Elías regresa, unge a Eliseo para que sea profeta en lugar suyo, anuncia la destrucción de la casa de Acab, y fue pronto llevado al cielo en un carro de fuego, a la vez que la dinastía de Omri y Acab fue extinguida sangrientamente por el implacable Jehú. Después de Moisés, ningún otro profeta dejó una impresión tan vívida en la mente hebrea. Se han tejido leyendas y proverbios alrededor de su nombre, y su regreso fue cariñosamente anunciado por el último profeta del Antiguo Testamento, y esperado por el pueblo del Nuevo Testamento. Sin embargo Elías no escribió y casi ni habló algo que nos haya llegado. Al igual que su gran antitipo, Juan el Bautista, es lo que hizo, y no lo que dijo, lo que le ha dado su gran lugar en la lista de los profetas hebreos.

d. Relaciones políticas.— Los restantes reyes de la casa de Acab fueron Ocozías y Joram. La hostilidad hacia Judá continuó hasta la segunda mitad del reinado de Acab, cuando se formó una alianza en contra de Siria, la cual se cimentó mediante un matrimonio entre dos familias reales. Las guerras con Siria eran frecuentes, y Moab se deshizo de su dependencia, la cual había continuado desde los tiempos de David. Es interesante la luz lateral que arroja en este período, la Roca Moabita.⁴ La lejana Asiria, la cual fue una vez poderosa en la región del Mediterráneo, emerge nuevamente después de haber estado en la oscuridad por ciento cincuenta años, a una actividad, la cual pronto engulliría muchos de los pequeños reinos del oeste. Desde esta fecha, muchas de las inscripciones asirias arrojaron una luz frecuente en la historia que estamos estudiando.

⁴ Vea: Edersheim, “Hist. of Israel and Judah” (“Historia de Israel y Judá”), Vol. VI., 112–117.

3. Se le pone freno a la idolatría; cien años, una dinastía, cinco reinados.

Este es el período de la más grande prosperidad del pequeño reino; pero fue el último parpadeo de la llama, el “verano indio” de Israel. Eliseo continuó la obra de reforma con mejor éxito que Elías. Jehú, el fundador de la dinastía, exterminó la casa de Acab en un torbellino de revolución, y con ella, el culto a Baal; pero reanudó la adoración de becerros de Jeroboam. Joacaz, Joás, Jeroboam II, y Zacarías le sucedieron. Jeroboam II reinó durante cuarenta y ún años, elevó el reino al nivel de poder más alto que pudo haber alcanzado. Tuvo la ayuda del profeta Jonás, el cual fue enviado en una misión a Nínive, la cual estaba rápidamente alcanzando la supremacía de Asia occidental. El profeta Oseas también elevó su elocuente voz en contra de las idolatrías de Israel.

4. La idolatría acaba en ruinas; cincuenta años, cuatro dinastías, cinco reinados.

Los reyes, algunos de los cuales son simples títeres de Asiria, son: Salum, Manahem, Pekaía, Peka y Oseas. Los asirios comienzan la obra de deportación en el reinado de Manahem. Peka, un soberano con algo de vigor, forma una alianza con Siria para oponérsele a Asiria y a la pequeña Judá, la cual se había hecho tributaria de Asiria. Tiglatpileser II, rey de Asiria, le pone término al reino de Siria, y le impone a Israel un pesado tributo. El fin llega cuando Oseas se revela en contra del yugo asirio. Salmanasar IV, invade la tierra y sitia a Samaria. La ciudad soporta el sitio durante tres años, tiempo durante el cual Sargón sucede a Salmanasar en el trono asirio, completa el sitio y captura a Samaria, y se lleva a las diez tribus a la cautividad, de la cual jamás regresan. Pierden su identidad nacional para siempre, por haber sido desleales a Jehová y a su misión nacional. Los asirios, se introdujeron a la tierra y se entremezclaron con los remanentes de las diez tribus. Esta raza mixta, con una religión híbrida, continuó por siglos, y constituyeron a los samaritanos de los tiempos de Cristo. ■